

Dirección de Planeamiento y Obras Privadas

Municipalidad de
Victoria E.R.

-Plaza San Martín-

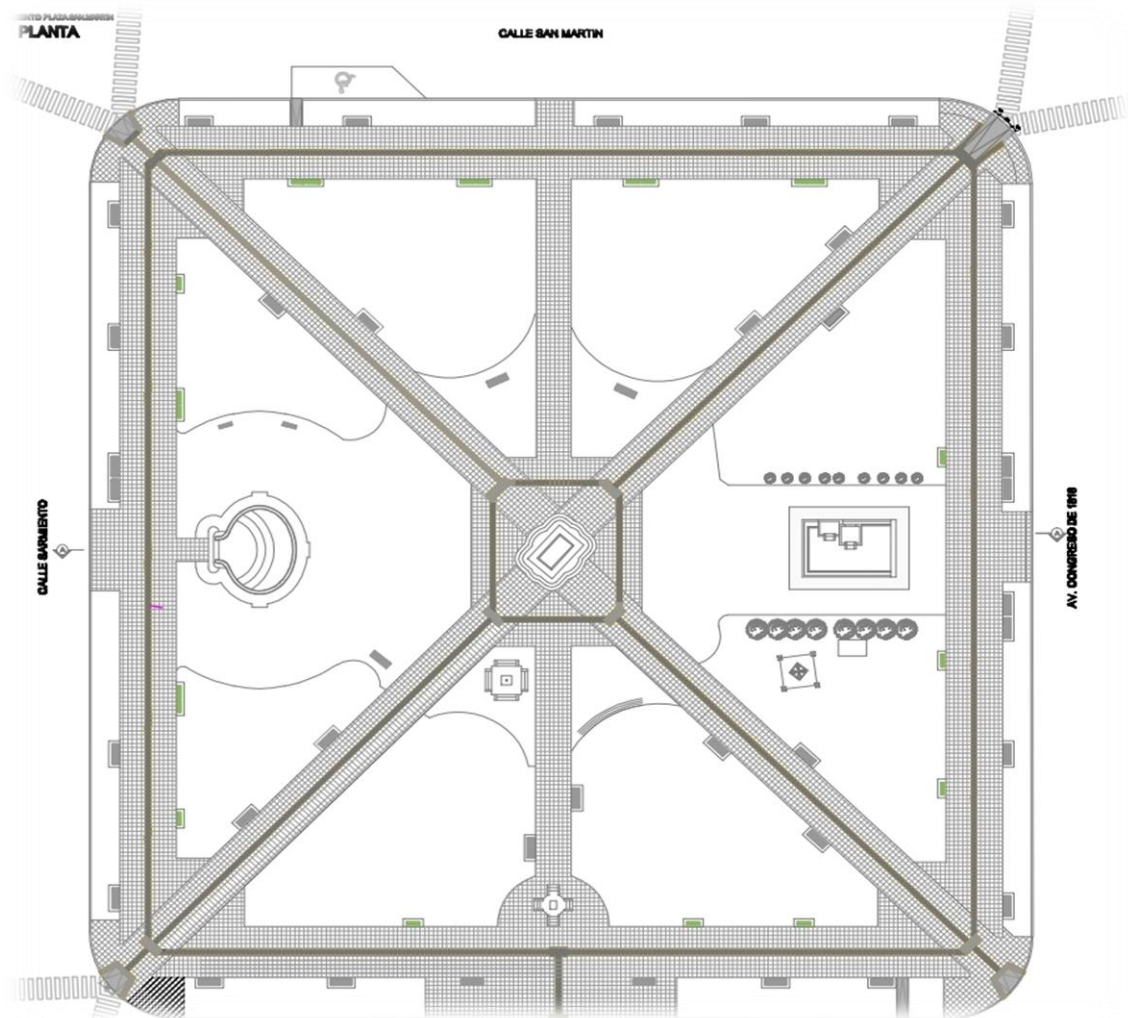
(Guía de observación para placas con código QR)

Directora: Arq. Patricia Amato

Relevamiento histórico
J. Ezequiel Rubattino

2026

PLAZA GRAL. SAN MARTÍN



Ubicación: enmarcada por el entrecruzamiento de calles San Martín, F. Ezpeleta, Av. Congreso, Sarmiento y resaltada por los principales edificios institucionales que organizan la vida de los pueblos, se constituye este centro cívico religioso denominado hacia 1878 como Plaza Gral. San Martín.

Plaza San Gral. Martín (1810-1910)

En los tiempos de la campaña Victoriense, nuestra plaza era un potrero, un cuadrado de árboles autóctonos en el cual pastaban las lecheras de los vecinos y donde se hallaba un pozo de balde que les suministraba agua. En los primeros tiempos del pueblo, las distancias se medían tomando como punto de referencia la plaza principal, porque las calles no tuvieron nombre bien establecidos hasta 1889. En 1871, Miguel Jerónimo Galarza, que venía de derrotar a López Jordán, mandó levantar en el centro de la plaza una pirámide, diseñada por el agrimensor Francisco Madariaga y construida por Don Domingo Ravagnan y los soldados de la división Victoria. Instalada la municipalidad en 1873, en la esquina de las calles hoy llamadas San Martín y Sarmiento, se inició el proceso de remodelación de la plaza. Se arrancaron los árboles autóctonos, construyeron las diagonales y calles de baldosa roja y se plantaron avenidas de paraísos. Según le relató una anciana amiga a la historiadora María del Carmen Murature, la plaza era el paseo obligado. Pero muy selectivo. En las diagonales del centro paseaban “las niñas bien” y en las calles exteriores “el medio pelo”. Finalizando el siglo XIX, los italianos, siempre progresistas encargaron a Don Francisco Piaggio, comprara en Italia cinco estatuas alegóricas: la Libertad y los cuatro continentes que se encontraron ornamentando y remozando la pirámide hasta su destrucción en 1910. En ese mismo año, el intendente de turno hizo arrancar los paraísos y remodelar la plaza dentro de un estilo francés italianizante. Cambió las baldosas por mosaicos y mandó se demoliese la pirámide de la Libertad, tarea que se cumplió de noche porque las solicitadas en contra arreciaban, y la gente amenazaba con una poblada para defender su pirámide.



Plaza Gral. San Martín a principios del siglo XX

CASCO HISTÓRICO VICTORIA – PEATONAL DIGITAL

Edificios Históricos Aledaños. (Placas QR)

1. Casa Magdalena Otaño de Ezpeleta, actual Banco de Entre Ríos. (1908)



Fotografía tomada alrededor de 1905, donde puede apreciarse la antigua construcción de mediados del siglo XIX.

Desde sus orígenes este solar perteneció a la familia Ezpeleta y fue en este lugar donde don Lorenzo Ezpeleta; hijo del fundador espiritual de Victoria, levantó un rancho en el que hospedó al Coronel de Marina Francisco Erézcano en 1845; importante militar que permaneció en Victoria durante dos meses junto a sus hombres tras el hundimiento de la Goleta Chacabuco ocurrido en aquel funesto año. Al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX la primitiva edificación se sustituyó por una casa de líneas poscoloniales, siendo una de las primeras realizadas en ladrillo en torno a la plaza y donde funcionó en algunas décadas la confitería del comerciante Juan Chiara. Este condicionó sus dependencias e hizo del lugar un espacio tradicional de larga duración en la memoria pueblerina. Las construcciones poscoloniales o de transición se caracterizaron por presentar externamente una apariencia sencilla con rejas cuadradas y macizas. De frentes muchas veces carentes de ornamentaciones, en el que se podían encontrar ventanas rematadas por guardapolvos formando un conjunto visualmente percibido

como “fuera de escuadra”, ya que estas eran casas realizadas por albañiles de conocimientos empíricos transmitidos de padres a hijos. Las que se proyectaron en las esquinas no presentaban ochavas, sino que culminaban en prominentes ángulos tendientes a angostar las veredas, estas últimas con frecuencia eran casas comerciales de doble acceso a cada lado de las calles, que facilitaban el ingreso del transeúnte y el libre descargo de mercaderías sin generarse interrupciones de paso entre ambos. Con el tiempo estas esquinas fueron desapareciendo, ya que comprometían la visibilidad de los primeros conductores vehiculares surgidos entre las décadas del 20 y del 30. Con los años, los Ezpeleta retomaron sus derechos sobre esta propiedad, demoliendo la vieja estructura y erigiendo por petición de doña Magdalena Otaño una majestuosa obra de líneas italianizantes con balcón corrido. Edificación levantada por el constructor Alfonso Ghiggino en 1908 que se destinó para hotel y que tiempo después se transformó en la Confitería “El Águila” de los socios Escobar-Aquino. Finalmente, este edificio fue adquirido por el Dr. Francisco Escalles; estrechamente vinculado a los Ezpeleta y el cual, en torno a 1933 tras el surgimiento de la ley 2.949 transfirió esta propiedad al banco de Entre Ríos para el funcionamiento de su sucursal, actividad que se ha mantenido vigente hasta el presente.



Doña Magdalena Otaño de Ezpeleta

2. Antigua Casa Parroquial. (1903)



Fotografía de la Casa Parroquial a principios del siglo XX

En este solar se levantó el primitivo Oratorio circundado por el primer camposanto del pueblo cuya apertura al culto tuvo lugar en 1810. La mencionada capilla tenía aproximadamente 10 m x 7 m, era de forma rectangular e incluía una sacristía comunicada internamente con el cuerpo de la construcción. Presentaba una puerta principal en el frente, otra lateral y tres ventanas. Era un simple rancho cuyo presbiterio estaba elaborado en adobe, luciendo gruesos horcones de madera dura que se situaban en las esquinas del mismo, soportando un techo a dos aguas en cuya cumbre de troncos se anexaban los tirantes principales, y sobre estos, se distribuían tijeras de palma formando la estructura del encañado con su correspondiente cubierta de paja. El piso era de tierra apisonada y las paredes revocadas y blanqueadas con cal y arena. Entre 1820 y 1852 se fueron presentando diversas modificaciones y ampliaciones hasta que finalmente se decidió levantar una nueva iglesia que reemplazó al viejo rancho, llevándolo a desaparecer en la segunda mitad del siglo XIX y dando presencia al nuevo templo parroquial y actual basílica. Hacia principios del siglo posterior se comenzó a edificar en el solar del Oratorio, la denominada “Casa Parroquial”, obra italianizante erigida por el constructor Alfonso Ghigginio en 1903 bajo el mandato de la comunidad benedictina. En líneas generales, esta obra presentaba originariamente un solo piso, con un pequeño parterre separado de la calle por una verja de hierro. Subiendo la escalera principal aún podemos acceder a un pórtico embellecido por columnas de capiteles corintios que nos conducen al antiguo zaguán. A partir de aquí; en el pasado, el espacio

comprendía un despacho, sótano y tres primeras habitaciones conectadas por una larga galería que daba acceso a un patio con aljibe, rodeado de otras seis habitaciones, cocina, baño y una cancha de pelota paleta. Dependencias que supieron aprovechar los monjes benedictinos durante su larga administración parroquial que tuvo lugar entre los años 1899-1988 y que dieron paso a diversas intervenciones, entre las que se puede mencionar una segunda planta construida alrededor de 1940.



Testimonio visual que sitúa la fecha de la Casa Parroquial en el año 1903

3. Basílica Nuestra Señora de Aránzazu. (1875)



Fotografía de la iglesia tomada a principios del siglo XX

Este solar fue destinado desde sus inicios para el camposanto del pueblo, extendiendo los enterratorios a espacios próximos a lo que hoy es la gran iglesia, convirtiéndose así en el primitivo cementerio que tuvo vigencia hasta 1863 en que es reubicado frente a la actual Plaza “Francisco Arce”. Llegado el año 1836 el cura paranaense Francisco Dionisio Álvarez, pidió al Obispo Mariano Medrano y Cabrera la autorización para edificar un “nuevo templo” en los pagos de Victoria, proyecto que no llegó a concretarse, pero fue el primer indicio notable de un deseo renovador en el seno de la feligresía victoriense. Recién en 1858 se reunieron representantes del pueblo en la vieja comandancia, dando lugar a la conformación de una comisión encargada de la construcción del nuevo templo, la misma estaba integrada por los ciudadanos más significativos de la campaña y su primer Presidente fue don Francisco Arce. Los mismos recibieron el apoyo del Gral. Justo José de Urquiza para la edificación de esta significativa obra. Aun así, por diversas circunstancias el proyecto se vio interrumpido durante diez años, luego de este amplio lapso de tiempo se reorganizó la comitiva bajo la denominación de “Comisión central”, ya que se encargó de administrar a delegaciones menores de los cuarteles y la campaña, para aunarlas en un único propósito que fue el de recaudar fondos para la pronta edificación. La colocación de la piedra fundamental del nuevo templo tuvo lugar en este espacio el 21 de abril de 1872 siendo la bendición realizada por el Pbro. Pascual Bartoloni, asistido por el Pbro. Luis Desiderio Rossi, con la presencia del jefe político, José María León, autoridades, miembros de la comisión y pueblo. El 23 de septiembre del mismo año se comunicó que había sido aceptado el plano del arquitecto Algán y se firmó un contrato el 8 de octubre de 1872, dando inicio a la construcción a fines del mismo. El 8 de septiembre de 1875, día de la “Natividad de Santa María Virgen” fue la fecha establecida para la bendición e inauguración de este templo que hoy ostenta el título de Basílica Ntra. Sra. de Aránzazu.

Esta iglesia tiene las características del arte románico de fines del Medioevo cuando ya la arcada empieza a introducir modificaciones que conducen definitivamente al arte ojival. Como mencionamos previamente, su diseño fue obra del arquitecto Gregorio Algán y su edificación estuvo a cargo de los hermanos Antonio y Bartolomé Matas.

4. Palacio Municipal. (1902)



Foto del Palacio Municipal, tomada a principios del siglo XX

El terreno destinado a la edificación del municipio fue en sus orígenes propiedad de don José Bordón y parte del primitivo camposanto, posteriormente la posesión fue transferida a la familia Matharán y después traspasada a don José Unanue que lo cedió en favor de la municipalidad luego de su correspondiente venta, siendo intermediario de la transacción el intendente Juvenal F. de la Puente, el 16 de febrero de 1890. Llegado el 9 de julio de 1900, bajo la intendencia de don Luis Bilbao; se dio inicio a la celebración litúrgica denominada “Tedeum”, que tuvo lugar en nuestra iglesia parroquial, actual basílica, para luego proceder al acto en que fueron designados padrinos: Julio Acebal, Miguel Márquez, Fernando Liñán, Francisco Mihura, Antonio Mundani, Carlos Reggiardo, Francisco Velázquez y Juan Astiz. Y madrinas del acontecimiento: Rosa Albornoz, Magdalena Otaño de Ezpeleta, Daniela Espíndola, Teresa de Sobrero, Marcelina de Atencio, Josefa Madariaga de Basaldúa, Flora Ferro de Trucco y Juliana de Samaniego. En esta ceremonia se distribuyeron medallas conmemorativas, cuyo producto recaudado se destinó a las necesidades del Hospital de Caridad, actual

Salaberry. El edificio fue delineado por el joven arquitecto Rafael Casella, dirigido y asesorado por el ingeniero Gabriel Vivanco y finalmente construido por los maestros albañiles Lorenzo Botteri y Alfonso Ghigginio. En su arquitectura podemos apreciar diversos elementos llamativos como un techo en forma de pirámide trunca, a grandes escamas de zinc. Fue construido en los talleres de los señores Pedro Cudine e hijos y armado por ellos mismos. Los trabajos de pinturería, ejecutados por el artista Enrique Vittori. Es un amplio edificio de bella apariencia arquitectónica en la que podemos destacar la espaciosa grada de mármol blanco, que nos brinda acceso a una galería formada por siete arcos de material con balaustradas de cemento, sobre las que se abren las ventanas de las oficinas del piso inferior. Por una escalera de mármol se accede al piso superior, en el que todo él frente a la plaza cívica, lo ocupa un vasto salón rectangular, que se destinaba para fiestas o actos públicos, y cuyas ventanas se abrían sobre una espaciosa azotea, sostenida por la galería del piso inferior. Un elevado pórtico se destaca elegantemente sobre todo el frente del edificio, mostrando en su conjunto líneas italianizantes y afrancesadas que hacen de su arquitectura, una bella composición de carácter ecléctico. En el piso inferior hay ocho salas para oficinas y tres espaciosas en el piso superior, además del gran salón fronterizo a la plaza. Otros cuartos para dependencias de servicio se abrían sobre los dos patios de la estructura; el patio principal y otro “para coches y carros”. Bendecida y colocada su piedra fundamental el día 9 de julio de 1900, el edificio pudo ser concluido a los veintidós meses de principiada su construcción, siendo inaugurado el 25 de Mayo de 1902.

5. Casa Atencio “Vieja Casona”. (Segunda Mitad del Siglo XIX) Remodelada en 1907.



Fotografía que muestra la fachada de la casona de la flia. Atencio

En este solar se levantó en sus primeros tiempos, el rancho de don Pascual Bailón Godoy, uno de los distinguidos vecinos que otorgaron poder a Salvador J. de Ezpeleta con el fin de gestionar mediante esto, la autorización eclesiástica y civil indispensable para la fundación del Oratorio en La Matanza. Hacia mediados del siglo XIX se edificó en este lugar una construcción de líneas simples, la cual, en la segunda mitad de dicho siglo fue presentando diversas intervenciones hasta su completa remodelación en 1907. Este tipo de edificaciones de estilo italianizante, presentan fachadas cuyos frisos exhiben motivos vegetales, aves y mascarones, columnas empotradas con capiteles de hojas de acanto, zaguanes a los que se ingresaba por una breve escalinata de mármol, con cancelas del más trabajado hierro las cuales daban acceso a “loggias” o patios que repetían los detalles de la fachada. En este caso particular, las ventanas presentan lujosas rejas de tipo cajón que resultan ser bellas obras artesanales las cuales abrían dos hojas de hierro ornamental, denominadas coloquialmente como “manuelitas”, esbozando así una suerte de balcón que les permitían a los moradores ampliar la visibilidad en épocas de desfiles o procesiones. En su friso, esta casona ostenta figuras estilizadas que sugieren copones circundados por grifos; estos últimos eran seres míticos de la antigüedad, cuyo zoomorfismo encarnaba un cuerpo de león con cabeza y alas de águila, convirtiéndose esta alegoría en un poderoso emblema de vigilancia y fuerza, utilizado en la arquitectura con estéticos propósitos ornamentales, pero a veces esquivo a sus remotos significados. En sus interiores la casona aún presenta su ingreso principal frente a la plaza San Martín y una antigua entrada de servicio y carruajes por calle Ezpeleta. En el pasado, contaba con un patio central y una serie de cuartos interconectados por una amplia galería. En el segundo piso se hallaban las habitaciones de la servidumbre y próximo a estas, una vieja torre mirador que aún existe y continúa mostrando desde lo alto el hermoso paisaje victoriense. De sus antiguos propietarios, aún resuena en la memoria el recuerdo de las Srtas. Petrona, Laura y Lucrecia Atencio, las que supieron darle vida a esta morada llenándola de recuerdos colmados de beldad y encanto.



Detalle de molduras con formas estilizadas (copones y grifos)

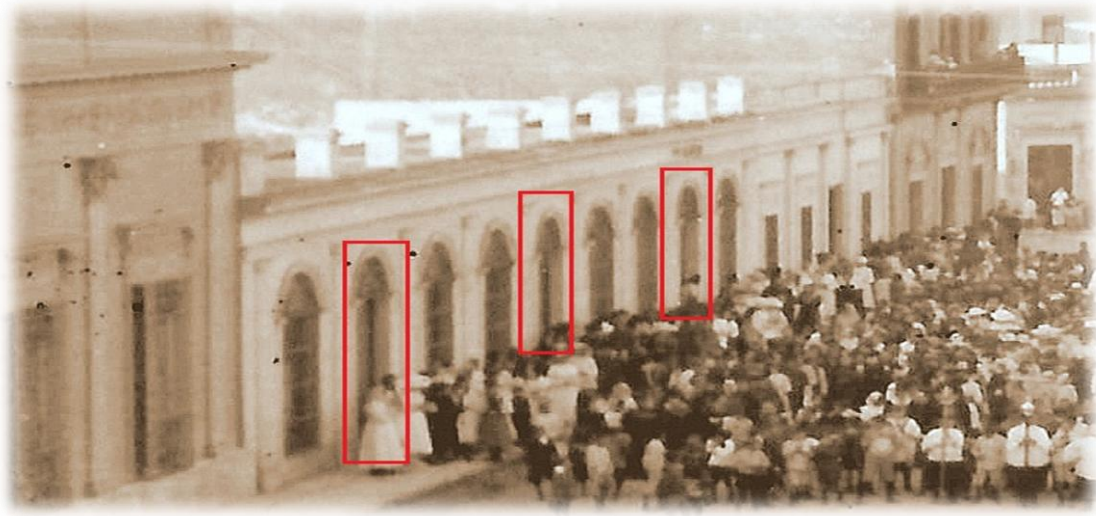
6. Botica Cortaberría - Domínguez, (Segunda Mitad del Siglo XIX) actual Casa Márquez.



Fotografía tomada a la antigua botica y casa familiar

En este solar donde se extendía la propiedad de doña Tomasa Albornoz de Salaberry, se levantó hacia la segunda mitad del siglo XIX una sencilla construcción la cual, se prolongaba generosa a lo largo de calle Sarmiento, mostrando alguna vez, la atípica distribución de tres ingresos llamativamente intercalados por seis ventanas con rejas cilíndrico - macizas, culminadas en un modesto y esbozado intento de medias lunetas lanceoladas separadas por pilastras de orden dórico, las cuales se alineaban a un estético coronamiento de pilares sostenientes de una herrería desprovista de ornamentación. En su interior se distribuían cuatro amplias habitaciones próximas a la calle, dos dormitorios, un espacioso patio sin galería, pero con aljibe, baño, cocina y tres cuartos para la servidumbre. Hacia la década de 1980, una intervención desacertada dio lugar a nuevas estructuras las cuales quebrantaron su belleza arquitectónica, lográndose conservar hasta la actualidad tan solo una pequeña parte de la gran obra. En cuanto a su historia, esta casa fue habitada hacia la década de 1860 por el boticario español Víctor Cortaberría, quién adquirió esta propiedad dando inicio a una de las farmacias más antiguas del pueblo, asociándose posteriormente con el farmacéutico Fermín Domínguez, con quien continuó por algunos años más el complejo arte de la elaboración de preparados, ungüentos y brebajes extraños a estas épocas. Don Víctor Cortaberría fue el primer farmacéutico diplomado que ejerció en Victoria, desempeñando su actividad durante más de treinta años, período en que experimentó los avatares de un lapso liado y convulsionado de la Provincia la cual lo vio partir el 18 de marzo de 1898 a los 69 años de edad. En esta misma propiedad reunió a los más conspicuos miembros de la colectividad y fundó la Sociedad Española de Socorros Mutuos el 27 de abril de 1861. Institución destinada a nuclear a los residentes hispanos y a prestar ayuda a sus connacionales, tomando desde un inicio alto vuelo y ejerciendo

por entonces una notable influencia en nuestro medio, siendo esta una inmigración que pese a decaer seriamente a finales del siglo XIX, continuó conservando las tradiciones de sus ancestros durante largo tiempo.



Antigua fotografía de la década del 10 donde podemos apreciar que por entonces, esta construcción presentaba seis ventanas y tres ingresos.

7. Bar y Confitería Tupi-Nambá, (Construcción de la Segunda Mitad del Siglo XIX) actual Centro Gastronómico “Plaza Bar”.



Fotografía tomada a la emblemática esquina de Sarmiento y San Martín

En la esquina de calles San Martín y Sarmiento, originaria propiedad de la esposa del comerciante francés Juan Salaberry, se edificó hacia la segunda mitad del siglo XIX esta singular obra de líneas italianizantes la cual, supo ser el primer edificio de dos plantas inmediato a la Plaza Principal. Según se cree, entre las décadas de 1870 y 1880 este espacio fue sede de la Escuela Graduada de Niñas, institución que al fusionarse con la de Varones situada en el otro extremo de la plaza, originaron conjuntamente la llamada escuela graduada mixta, que años después se denominó Francisco N. Laprida, manteniéndose activa hasta la actualidad. Hacia 1892 fue instalada la sucursal del Banco de la Nación Argentina, siendo su primer gerente Juan B. Luxardo, sede que ocupó hasta la construcción de su edificio propio en calles Italia y Maipú. En la década de los años 20 funcionó el Club Trabajo y Placer, institución vigente desde hacía una década y cuyo primer presidente de la misma fue don Cayetano Lucente, siendo acompañado en la Comisión Directiva de entonces por Roberto G. Balbi, Juan A. Reggiardo, Antonio A. Bella, Eduardo Botteri, Carlos Bardou, Agustín Castañeda, Antonio Brassesco, Ángel Ghiozo, Antonio Oitavén y Félix Rodríguez. A finales de la década del 20 esta propiedad que para entonces le correspondía a don Amado Sulimán, fue alquilada al sirio Abdo Elhom que la convirtió en Café y Confitería, bautizándola con el nombre de “TUPINAMBA”, etnónimo que evocaba a las tribus del Brasil y que significaba “los primeros, originarios o el más antiguo”. En el exterior de este edificio se apreciaba por aquel momento un letrero en el que sobresalía su nombre comercial junto a la figura de un “cacique”. Hacia los años 30 el mencionado comercio fue adquirido por el italiano Adelio Rizzi el cual, conservó el curioso nombre y transformó esta esquina en lo que fue el tradicional Bar, Confitería y Hotel “Tupi Nambá”, espacio social, recreativo y de alojamientos muy concurridos en su época. En sus interiores el comercio presentaba su correspondiente taberna por calle San Martín y un comedor por calle Sarmiento, contando así también con un sótano de amplias ventanas hacia el exterior que permitían descargar mercaderías. La casa elaboraba diferentes tipos de exquisitos postres como: barras de dulce, sopa inglesa, caramelos, yemas quemadas y “huevos quimbo”, entre otras recetas. En los fondos de la propiedad se conservaron las instalaciones y funcionalidad de la sodería del anterior propietario y en su piso superior funcionó el hotel con ocho habitaciones; toda una serie de servicios que prolongaron su pujante actividad hasta mediados del siglo XX.

8. Policía Y Tribunales. (1906)



Fotografía tomada en la década del 10 donde se aprecia el edificio de la Jefatura

Desde los orígenes de Victoria, este solar estuvo destinado para la comandancia del pueblo y como la mayoría de las primitivas construcciones de la Matanza, esta estructura comenzó siendo un modesto rancho; sede de la primera autoridad de la zona: el “Juez Pedáneo”, figura principal en los lugares de menor relevancia que se estableció aquí a partir del año 1808. Su función fue la de policía y administrador de justicia en los pleitos menores, juzgando de pie y recorriendo los caminos con sus soldados, velando así por la tranquilidad general de la población. Hacia 1822 estos antiguos jueces fueron sustituidos por los Alcaldes de Hermandad, que desempeñaban una doble función: judicial y policial, teniendo además la obligación de celar por el orden y la quietud de sus respectivas jurisdicciones, apresurándose a prevenir delitos o excesos con el auxilio de los vecinos; cualquier partida de tropas o guardias. Con el tiempo estas autoridades desdibujaron su doble función, y hacia 1835 fueron dando mayor paso a los llamados Comandantes Militares los cuales, aunaron y sostuvieron deberes de carácter militar, civil y policial. Finalmente en 1849 apareció la figura del jefe político que de alguna manera se ajustó en décadas posteriores a los deberes puramente policiales, dejando de lado los remotos atributos de carácter judicial. Será durante este período de transformaciones que el viejo rancho de barro donde funcionaba la comandancia, pasará a convertirse en una estructura de ladrillos de apariencia poscolonial, que terminará de edificarse en los primeros meses de 1851. Hacia principios del siglo XX, la sede policial se transformó una vez más, pasando a construirse un gran edificio de dos plantas de un estilo italianizante simple, obra del constructor Alfonso Ghiggino que lo concretó en 1906. En sus interiores, la edificación supo contar; según registros de años posteriores, con un ingreso principal y dos secundarios. Una secretaría y rectoría situadas inmediatamente después del ingreso central y a reducida distancia se hallaban: el despacho del jefe y la denominada mesa de entrada, dichas oficinas se comunicaban entre sí mediante una galería, que en la actualidad es una sala cerrada, donde se exponen

las fotografías de todos los Comisarios que han regido la institución. Frente a dicha sala se encontraban: la comisaría de órdenes y la oficina de guardia. Continuando el recorrido se llegaba al patio principal del edificio donde se lucía un aljibe hoy inexistente. Al cruzar dicho espacio, la propiedad se distribuía en cinco patios menores, dos pozos cegados, cuatro calabozos, dos celdas, un depósito y cocina. Complementando las dependencias, los ingresos laterales daban acceso a las oficinas del Registro Civil y a las salas de telégrafo.

9. Casa Vivanco, actual Casa Brener. (Década de 1930)



Fotografía tomada en la década del 20 donde se aprecia la casa de la flia. Vivanco

En esta esquina de calles Congreso y San Martín, existió en la primera mitad del siglo XIX un rancho perteneciente a la familia Viera de Souxa que con posterioridad fue adquirido por el Dr. Joaquín Vivanco. Cuenta la historia que durante junio y julio de 1854, el Gral. Urquiza —presidente de la Confederación Argentina— visitó varios pueblos de Entre Ríos. Por entonces, afectuosos homenajes se le rindieron en Concepción del Uruguay y Gualaguaychú, dirigiéndose luego a Gualaguay el 5 de julio para finalmente trasladarse unos días después a Victoria, donde cayó enfermo producto de una fuerte pulmonía que lo debilitó severamente. En el mencionado solar de Congreso y San Martín fue atendido por el Dr. Vivanco, siendo asistido por los médicos paranaenses Molinas y Donado que trataron al convaleciente practicándole sangrías, ventosas, cáusticos y sanguijuelas, buscando mediante estos procedimientos aliviar su malestar, el cual se prolongó por más de un mes. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, el viejo rancho de aquellos primeros tiempos, fue sustituido por una construcción donde se esbozaron líneas clásicas, apreciándose pilastras estriadas de capiteles jónicos, coincidentes con pilares que coronaban el edificio intercalando entre sí sobrias estructuras de herrería. Toda una bella composición que se mantuvo intacta hasta su lamentable demolición en los años 30, siendo reemplazada por una obra de estilo art déco, pensada y edificada para el funcionamiento de un cine teatro que no trascendió mucho más allá de su concreción e ideal. En lo que respecta al distinguido Dr. Vivanco,

se sabe que el mismo nació en Buenos Aires en 1827 y fue hijo de Joaquín Vivanco Ortiz y Trinidad Martínez Campelo. Allí estudió la compleja anatomía y fisiología humana, obteniendo su título de doctor en medicina, cirugía y partos en 1848. Un año después se trasladó a Victoria donde permaneció en este lugar de manera casi ininterrumpida hasta su deceso el 9 de julio de 1898. Fue un gran industrial y ganadero que con el tiempo, se transformó en un notable empresario productor y exportador de cal. Con la aparición de algunas epidemias a finales de la década de 1860, llevó adelante acciones que redujeron los problemas de salubridad y que por entonces contaban numerosos casos de cólera. Iniciada la década de 1870 organizó, precaria, pero eficientemente un hospital; el primero de la ciudad, situado en la esquina de las actuales calles Rondeau y Copello, edificación alejada del foco céntrico, ya que cumplió también funciones de lazareto. Allí los leprosos fueron cobijados y tratados de su mal, puesto que muchos de ellos; tiempo antes, eran obligados a vivir en las islas, desprovistos de ayuda y en condiciones infrahumanas. El Dr. Vivanco, por entonces se dirigió a las autoridades municipales convenciéndolas de albergar en el mencionado lazareto a los enfermos infecciosos; asistirlos, mitigar sus dolores y velar por la mejoría de sus deteriorados cuerpos. Por su humanidad y constante preocupación puesta en el indigente y desamparado, la sociedad lo homenajeó con el honorable título de filántropo, levantando años después de su muerte, un busto obra del escultor Lucio Correa Morales frente a la necrópolis local. Monumento que fue trasladado hacia los años 20 a la plaza Mariano Moreno donde aún permanece.



Construcción de la segunda mitad del siglo XIX, perteneciente al Dr. Joaquín Vivanco

10. Banco de Italia y Río de La Plata, actual Bar “El Banco”. (1907)



Postal en la que se aprecia el Banco Italia en la década del 10

A finales del siglo XIX, el terreno donde se levanta el ex banco Italia, constituía un espacio de divertimento por ser el punto de anclaje de los diversos circos que llegaban al pueblo, realizando sus coloridos espectáculos en este ángulo de las calles Congreso y Maipú. Iniciado el siglo XX este solar pasó a constituir el sitio donde se construiría el imponente edificio de líneas Italianizantes con destellos del art nouveau que actualmente podemos contemplar. “El 23 de agosto de 1903 el gobierno de Entre Ríos fue autorizado a hacer contrato con el Banco Italia y Río de la Plata, instaurando esa financiera en nuestra provincia y reemplazando al banco Provincial, propiedad del gobierno, empezando a funcionar en octubre del mismo año y conservando a casi todo el personal de la anterior empresa”. El día 15 de abril de 1905 fueron abiertos los primeros fosos de los cimientos y a mediados del año 1907, el edificio fue entregado completamente listo para abrir sus puertas al público de la mano del activo empresario constructor, Alfonso Ghiggino. El costo total de la edificación fue de \$ 65.600 de aquel momento. Todo el maderamen del edificio: puertas, ventanas, y demás fueron suministrados por la casa de los señores Florentino R. Fernández e hijos, de esta ciudad. Las principales piezas de Fierro, columnas, etcétera, la suministró el gran establecimiento: Pedro Vasena e hijos de la Capital Federal. Los mármoles fueron comprados a la casa Víctor Buselli y Cia. y los artefactos de luz eléctrica, a la casa Heinlein y Cia, ambas de Buenos Aires. Los trabajos de pintura, notables según las crónicas, ejecutados por el pintor Enrique Vittori, de esta localidad. Finalmente, el mobiliario de los despachos de la gerencia y del Consejo de administración procedían también de la capital Federal, mientras que el del salón destinado al servicio al público

fue realizado en Paraná por la “Casa Baglietto”. En 1908 el directorio estuvo constituido por José Reggiardo, Juan Astiz y Gabriel Vivanco. Pedro Giorgi, Antonio Quartino como suplentes. La gerencia, ocupada por David Albornoz; como contador, Emilio Casenave; como cajero, Domingo Lanza Castelli y auxiliares: Esteban Bottino y Conrado Reggiardo. La ordenanza la constituyó Eusebio Ledesma y Justo G. Domínguez. En 1928 ocupó la gerencia Esteban Bottino; contador, Francisco Carbonel; Tesorero, Francisco Conrado Reggiardo; auxiliares, Eusebio Ledesma, Pedro M. Andruiza, Ángel B. Balbi, Rutilio H. Carlomagno y Domingo C. Rocha. Entre las ornamentaciones que más resaltan en este edificio se puede apreciar la efigie del dios griego Hermes; un símbolo de buena fortuna que además de ser protector de viajeros y comerciantes era guardián de la economía. Esta curiosa figura que corona el ápice del edificio se muestra flanqueada de lado a lado por caduceos de los que según los mitos tenían la virtud de apaciguar las discordias; convirtiéndolos de esta manera en símbolos de consentimiento y reconciliación. Esta institución bancaria cerró sus puertas el 22 de mayo de 1985, siendo adquirido por el “Banco del Lavoro”.



Ornamentación que corona el edificio del Banco Italia, donde se aprecia la mítica figura del dios Hermes

11. Casa Velázquez, actual Club Trabajo y Placer. (1898)



Fotografía donde se puede apreciar el actual edificio del Club Trabajo y Placer

Frente a la plaza San Martín encontramos esta bella construcción italianizante, actual propiedad del Club “Trabajo y Placer”. Este solar originariamente fue propiedad de la familia Salbidea-Silva durante la primera mitad del siglo XIX, siendo edificada allí hacia la década de 1850 una construcción de líneas simples, cuyo interior contaba con cuatro habitaciones de azotea, cocina y un pozo medianero. Así también sus veredas y tapias perimetrales estaban constituidos por ladrillos de significativo tamaño y aparejado a esto, existió un patio abierto y cubierto por un parral de escasa altura. Según las historias, su zaguán presentaba un piso de piedras grises y en su terreno próximo se apreciaban varios árboles de naranjo y una higuera. Hacia 1869 aquella vieja casa fue transferida a Benigno Salbidea, y este la enajenó en favor de José Maggio unos once años después. Llegado el año 1886 la propiedad fue comprada por Luis Cessarego y al año siguiente, vendida al escribano Francisco Velázquez, quién la mandó a demoler para levantar en 1898 por intermedio del constructor Alfonso Ghiggino, la bella y ornamentada arquitectura que hoy conocemos; centro del afamado Club “Trabajo y Placer”; una institución fundada el 31 de mayo de 1912 y que hacía la década del 20 tuvo su sitial en la esquina de Sarmiento y San Martín, donde se sostiene desde hace años el tradicional espacio llamado “Plaza Bar”. Curiosamente, la antigua construcción que hoy podemos contemplar, casi no fue habitada por el mencionado escribano Velázquez, llegando a ser alquilada durante años a diversas familias como fueron los Atencio-Mihura, Irigoyen-Márquez, Cúneo-Atencio, Bilbao-Gómez, Acebal-Cichero y

finalmente por el actual Club Trabajo que la arrendó desde octubre de 1930, llegando a conservarla durante tres décadas, hasta que finalmente en 1967 la adquirió definitivamente, comprando el inmueble para sede perenne de su institución.

12. Club Social Victoria. (1912)

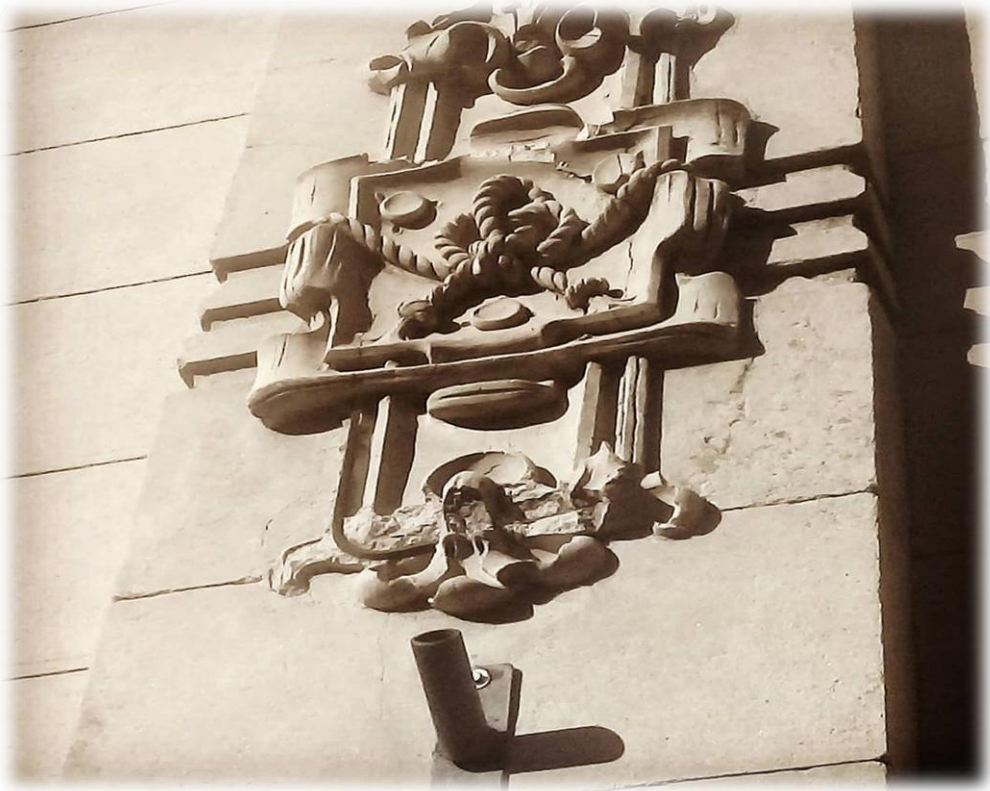


Fotografía tomada en los años 30 donde se aprecia la estructura del Club Social Victoria

En la esquina de Rocamora y Congreso existió un rancho perteneciente al comandante militar Esteban Godoy; su viuda Josefa Albornoz, facilitó esta propiedad al Gral. Justo José de Urquiza para construir una escuela, a cambio, este le edificó una vivienda digna en los alrededores a la plaza. En el mencionado espacio, se comenzó entonces a cavar los cimientos del referido establecimiento hacia fines de octubre e inicios de noviembre de 1847, principiándose la construcción el 11 de abril de 1848, levantándose paulatinamente lo que fue la primera edificación de ladrillos construida en la inmediatez a la plaza principal. Dicha obra de líneas simples y sin ochava fue subvencionada por el Gral. Urquiza, gestionada por el sacerdote Miguel Vidal, proyectada por el arquitecto José Caballero, intervenida en su primera etapa por el maestro albañil Eduardo Antonio Aguirre, continuada y culminada hacia 1849 por el constructor Mariano Tost. El edificio en general, contaba con diversas estructuras que iban desde macizas rejas de hierro en su exterior, hasta un sencillo y discreto campanario interno desde donde un bronce sonoro tañía siendo soportado por un arco de medio punto. Entre los elementos materiales y arquitectónicos que podemos referenciar, como así también las personas que participaron en su edificación se encuentran los comerciantes, artesanos y viajeros que desde lugares como Montevideo, Santa Fe, Paraná o el mismo poblado, acercaron todos los recursos materiales necesarios para la construcción del edificio, entre ellos podemos mencionar a: Julián Domingo, José Copello, Nicolás Belisan, Esteban García, Francisco Legavia, Julián Cañete, José Antonio Rocha, Miguel Menchaca, Juan Vivanco, José María Uranga; Sebastián Moreira, Fortunato Demarqui, Agustín Alvares, Antonio Maceira; Francisco M. Jauregui, Benjamín Bera, Juan Alberto Achares,

Eugenio Fano, Alvin Escobar, Cirilo Zeballos, Cayetano Schiaffino; Inocencio Cros, Pío Fernández y Salvador Carbo. El forjador de las rejas fue Pedro Amestoy y la carpintería general fue realizada por Asencio Medina. Se emplearon 85 tirantes, 1850 tejuelas, 76.935 ladrillos elaborados por Jacobo Varela de los que se estima, tuvieron más de 40 cm de largo. Los materiales para la pintura fueron proporcionados por Próspero Marciani, así también se empleó un importante número de pipas, es decir cubas o tinajas de agua que se contabilizaron en un total de 427 descargas. En 1874 tiene lugar una relevante ampliación de la que se cree, el primitivo techado de azotea, fue sustituido por un techo de tejas francesas descansadas sobre tejuelas adheridas con cal y soportadas sobre un maderamen con tirantes de pinotea. Los ladrillos utilizados en la ampliación tuvieron 35 cm de largo, los pisos presentaron baldosas francesas asentadas sobre un contrapiso de ladrillo, el revoque fue del denominado “Tierra Romana” de buena consistencia, así también en esta época se incorporaron nuevas rejas que acompañaron las ya existentes, remplazándose las puertas y ventanas por otras de pinotea con marcos de algarrobo. Cada frente, tanto de calle Rocamora como de Congreso medían originariamente alrededor de 20 m de largo por unos 6,50 m de alto y los salones internos se unían en “L” presentando un ancho de 5 m, durante esta ampliación se le anexó a la fachada unos metros más, sin alterarse demasiado la sencillez característica del frente, salvo por una intervención mínima que hubo en este periodo y de la que se cree, se ornamentó la fachada con guardapolvos y pilastras jónicas, dos de ellas consecutivas y situadas en el ángulo prominente de la esquina. El edificio escolar estuvo en pie hasta iniciada la década del diez en que fue demolido dando lugar a una nueva obra levantada por la empresa constructora de Ángel B. Balbi en 1912, este fue el Club Social Victoria de cuya arquitectura podemos apreciar un nuevo estilo art nouveau con lenguaje clásico que hace de este edificio una composición de carácter ecléctico. De la antigua escuela solo quedan como testimonios materiales el viejo aljibe que yace oculto entre las estructuras internas del Club Social, como así también algunos indicios de lo que pudieron ser viejas cisternas para almacenar agua. En lo que respecta a lo institucional, la Escuela Graduada de Varones con los años cambió su nombre y lineamientos pedagógicos, transformándose finalmente en la actual Escuela Francisco Narciso de Laprida.

El edificio del Club Social, muestra en su singular belleza arquitectónica complejas pilastras, que por debajo de sus centros ostentan en “alto relieve”, el simbolismo de los llamados “nudos de unión”, iconografía basada en una técnica que rememora a los constructores medievales, empleada para trazar y replantear las proporciones sin recurrir necesariamente a fórmulas geométrico-matemáticas. En la masonería este símbolo se relaciona a la soga de “doce nudos”, cuyo significado alude a la unión solidaria y fraterna entre los miembros de una logia. En el ingreso puede apreciarse una escalera marmórea con balaustradas y pasamanos del mismo material; nexos que actúan de rótula entre el exterior y los salones los cuales se ubican paralelos a las calles adyacentes. Sus interiores cuentan con un amplio salón principal de gran claraboya, centrada por columnas llamativamente distribuidas, cuyo principal propósito fue el de evitar colapsos estructurales. En el recinto también se aprecian obras de arte, un salón de baile con balcón para la orquesta y un bello patio de estilo “colonial”.



Simbolismos situados en el exterior del edificio del Club Social



Escuela Graduada de Varones. Foto postal de principios del siglo XX

13. Casa Ignacio Ezpeleta, (Segunda Mitad del Siglo XIX) actual casa Albornoz.



Fotografía en la que se aprecia la antigua casona correspondiente a la familia de Ignacio Ezpeleta

En este solar se levantó en los orígenes de la Matanza, el rancho de uno de los primeros receptores de rentas de aquel tiempo llamado Ramón Pereyra. Con la creación de la primera escuela del poblado hacia 1822, este espacio fue destinado eventualmente para el funcionamiento de ese establecimiento educativo, que por falta de espacio suficiente en otra época, fue trasladado al solar opuesto; propiedad de los Godoy-Albornoz, donde se comenzó a edificar en 1847 el primer edificio de ladrillos del centro cívico.

Por entonces este espacio que supo ser del mencionado receptor de rentas, pasó a la administración del Gral. Urquiza, quién lo cedió en favor del Comandante José Ignacio Ezpeleta, figura significativa de nuestro pasado, hijo del fundador espiritual Salvador Joaquín de Ezpeleta y de doña Justa Rodríguez. El mismo nació en La Matanza en 1804 y alrededor de 1826 vivió en el distrito Los Manantiales donde adquirió una extensa propiedad. Se casó en primeras nupcias con María Jesús Querencio y de este matrimonio nacieron: Salvador, Isabel y Severo. En segundas nupcias contrajo matrimonio con doña Lujarda Sosa, siendo padre de una hija de nombre Amelia Ezpeleta, la cual, con el tiempo contrajo nupcias con un masón llamado Alfonso Gaillard; Jefe del Registro Civil en el período 1895-99, cuya firma en manuscritos oficiales aún muestran desde entonces, los encriptados tres puntos dispuestos en triángulo que aludían su pertenencia a la extinta Logia Caridad de Victoria.

A partir de 1827 Ignacio Ezpeleta ocupó reiteradas veces el cargo de Alcalde de Hermandad. En 1849 fue designado como la primera autoridad policial y posteriormente ejerció el correspondiente mandato de Comandante Militar, función que en algunas ocasiones desempeñaron los civiles que gozaban de la confianza del Gral. Urquiza; este le hizo la donación del mencionado solar y rancho situado frente a la plaza en mérito a

los importantes servicios militares que desempeñó José Ignacio durante la primera mitad del siglo XIX. Llegada la década de 1870, su hijo; el miliciano Jordanista Salvador Ezpeleta mandó a edificar en esta arista, una de las primeras obras de líneas italianizantes, edificación de la que se cree, fue diseño del arquitecto Gregorio Algán. La misma presentaba una esquina enriquecida por un balcón bombé de sobria herrería, realizado por pilastras de capiteles corintios entre las que aún se aprecia una moldura que luce la amenazante mirada de un león. En lo alto, la casona fue coronada en su momento por pilares intercalados por sutiles diseños de rejería que realzaron su ochava rematándose a su vez con un delicado par de cráteras.

Hacia 1917 esta propiedad fue adquirida por el comerciante David Albornoz y su esposa Virginia Sobrero. Sus descendientes se han ocupado de conservarla a través del tiempo, manteniendo dentro de lo posible, la mayor parte de su fisonomía original.



Foto postal de principios del siglo XX, donde puede apreciarse la casona situada en la esquina de Congreso y Rocamora, cuando mostraba el conjunto ornamental del que años después fue despojada



Moldura situada en la esquina de Congreso y Rocamora

14. Casa Lorenzo Ezpeleta, actual Casa Olarte. (1870-71)



Fotografía en la que se aprecia la antigua casona correspondiente a la familia de Lorenzo Ezpeleta

Esta esquina cuyo solar perteneció en los tiempos de la Matanza a Juana Godoy de Zourreguy, fue adquirido hacia la segunda mitad del siglo XIX por un hijo del fundador espiritual de Victoria llamado Lorenzo Ezpeleta, quien hacia 1870 solicitó al Arquitecto Gregorio Algán, diseñar y materializar esta obra la cual, comenzó a erigirse un año después iniciando el desarrollo de las primeras edificaciones de líneas clásicas, donde aún se pueden apreciar arcaicos resaltos de cerámica que bosquejan las formas de bellos anaqueles y simbólicos querubines. Estos últimos; implícitos en la arquitectura, fueron adquiriendo sus primeras connotaciones en la figura del dios Eros, antigua deidad grecolatina; de principio vivificador y ordenador del universo, que encarnaba la fuerza pasional, formadora de relaciones sociales que con el tiempo se volvió una alegoría metafórica y religiosa, plasmándose en estos pequeños detalles constructivos que hoy podemos apreciar en su decoración. Dichas figuras se encuentran representadas en la terminación de las ménsulas y coronando casi de cuerpo completo los guardapolvos situados sobre las puertas y ventanas de la antigua casona; molduras cuyas representaciones divinas, lamentablemente se muestran decapitadas en su totalidad, a lo largo de calle Sarmiento.

Como lo indicamos anteriormente, esta casa fue habitada al poco tiempo de su construcción por don Lorenzo Ezpeleta y su esposa Magdalena Otaño, los cuales la

cedieron temporalmente en 1873 a las autoridades locales para el funcionamiento de la primera Sede Municipal, bajo la intendencia de don Luis Espíndola.

El mencionado matrimonio estuvo desde los tiempos del Oratorio muy pendientes de las necesidades eclesiásticas y religiosas, interviniendo en las ampliaciones de aquel primitivo espacio de oración que pasó de ser un mero rancho a una gran construcción de importante jerarquía estética.

Lorenzo Ezpeleta fue presidente de la Comisión Central del Templo que durante años se sobrepuso a las desventuras de las revoluciones jordanistas, las cuales paralizaron por largo tiempo el desarrollo y culminación de la actual basílica. Tras su muerte en 1877, su esposa Magdalena donó en su memoria al pueblo de Victoria el primer reloj público colocado en la torre derecha del templo, ubicación que resultó privilegiada por tratarse del edificio que por muchos años fue el más elevado de la zona. Llegada la década de los años 30 este primer reloj comenzó a manifestar irregularidades por lo que fue sustituido por otro más “moderno”, donado también por descendientes de esta tradicional familia.



Don Lorenzo Ezpeleta

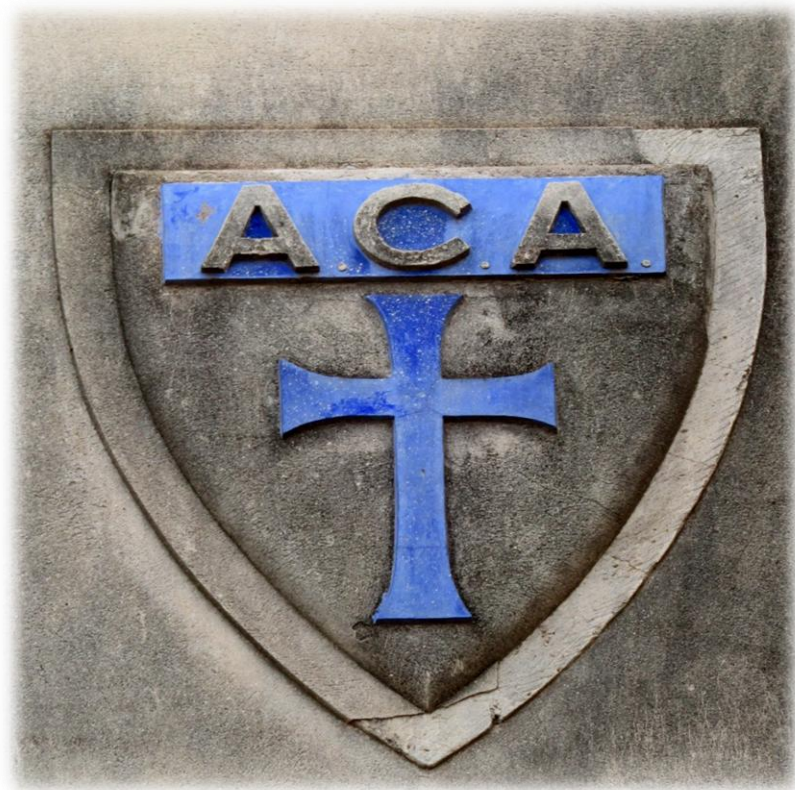
15. Sede de la Acción Católica Argentina. (1946-47)



Foto en la que se aprecia las líneas eclécticas correspondientes a la sede de la A.C.A.

En este solar donde se extendía el primitivo cementerio, no existió ninguna edificación hasta la década de 1940 en que la municipalidad donó este terreno para la construcción de lo que fue la sede de la Acción Católica Argentina. Dicha institución eclesial, trabajó por la formación integral de las personas promoviendo los valores humanos y cristianos, la construcción de la comunión, la participación en la pastoral diocesana, en el desarrollo del liderazgo social y por la promoción humana para llevar el Evangelio a todas las situaciones de la vida. Esta institución surgió nacionalmente el 5 de abril de 1931, por iniciativa del Episcopado Argentino, en respuesta a la invitación del Papa Pío XI de organizar en los distintos países, lo que terminó siendo una novedosa asociación. La Acción Católica Argentina (A.C.A.) con el tiempo fue creciendo rápidamente y se convirtió en el movimiento laical más importante de la Iglesia argentina del siglo XX. Creada según el modelo de Roma y a instancias del episcopado, llegó a contar con más de 70.000 socios hacia 1950. Su edificio propio en Victoria es una arquitectura de líneas eclécticas que comenzó a levantarse bajo el curato del sacerdote benedictino José Antonio Cherot en 1946, siendo concluido un año después y bendecido por el arzobispo

de Paraná, Monseñor Guiland, con la presencia del Abad Salvador Laborde, el párroco José Germaniez, el intendente José Félix Cudini y el presidente de la Acción Católica local Juan Pedro Oberti.



Escudo de la Acción Católica Argentina presente en la fachada del edificio

16. Casa Pío Godoy, actual casa Sobrero. (Mediados del Siglo XIX)



Fotografía en la que se aprecia la fachada de la última de las construcciones más antiguas conservadas en torno a la plaza

En este solar se levantó en los orígenes del pueblo, un rancho perteneciente a don Alejandro Atencio, militar casado con doña Leonor Aristimuño; natural de Paraná. Formó parte de la Compañía de Milicias de la Ensenada en 1790 y vivió aquí en la etapa fundacional de Victoria, falleciendo en 1826 cuando todavía esta zona era denominada “La Matanza”. Posteriormente, la propiedad pasó en poder de la familia Godoy, siendo erigido a mediados del siglo XIX, este sencillo frente de estilo poscolonial cuya esquina, originariamente no presentó ochava y aun conserva su rústica y sólida rejería. Dicha estructura fue considerada por los viejos lugareños como una de las primeras casas construidas en ladrillos, que abandonó el paisaje de los primitivos ranchos y en la cual vivió el miliciano que la mandó a edificar: don Pío Godoy. La historia narra que de las primeras corrientes que vinieron a poblar la Matanza, llegaron grupos con estrictas órdenes militares de aniquilar a los indígenas propios de la zona, ya que eran considerados un constante motivo de preocupación para la empresa expansiva del territorio entrerriano y por tal razón, luego de fallidas campañas de exterminio en los inicios del siglo XVIII, finalmente cumplieron la brutal y definitiva aniquilación en 1750, cuando el ejército llegado desde Santa Fe arrasó con las últimas etnias nativas que se refugiaban en el posteriormente denominado “Cerro de la Matanza”, Entre los capitanes enviados por órdenes del cabildo se encontraban los hermanos Santiago y José Ventura Godoy. A estos hombres de batalla se les quiso atribuir a principios del siglo XX el reconocimiento de fundadores de Victoria, pero un sector importante de la

sociedad se negó rotundamente alegando que eran “asesinos de inocentes”, por lo que la historia los silenció y condenó al olvido, no permitiéndose portar sus nombres en calles o edificios públicos. Una vez culminada la batalla del Cerro, el virrey entregó en recompensa a los hermanos Godoy, generosas extensiones de tierras de las que luego se formalizaron en legítimos documentos. Al capitán Santiago Godoy; figura principal de la campaña, se le otorgó la zona llamada “El Cerro del Cacique” situado en Pajonal, lugar donde el jefe de los “indios” tenía su habitáculo el cual fue con posterioridad transformada en estancia, portando ese mencionado nombre hasta bien entrado el siglo XX. Según cuenta la leyenda, además de la adquisición de estas tierras, el virrey favoreció a Santiago Godoy con metales preciosos, recompensa que heredó a sus descendientes, llegando una parte de la riqueza a su nieto Pío Godoy quién supo acrecentar esa fortuna en oro ejerciendo también actividades propias de la milicia. Cuando don Pío llegó a una edad longeva, los temores y extravagancias lo dominaron, obsesionándolo en guardar ese “oro mal habido” en una gran bota de cuero que ocultó en algún recóndito rincón de su estancia “El Cerro del Cacique”; herencia de su abuelo. Llegado el año 1884, sensibilizado y con 86 años de edad sobre sus espaldas, decidió revelar a su hija el lugar exacto donde había escondido aquel amargo tesoro, pero la noche antes de hacerlo fue sigilosamente asesinado, por lo que hasta hoy, esa “ajena fortuna” permanece silenciada en el misterio.

17. Monumento Ecuestre al Gral. San Martín. (1910)



Fotografía en la que se rescatan detalles del monumento ecuestre al Gral. San Martín

El monumento ecuestre al Gral. San Martín fue diseñado por el escultor Joseph Daumas en 1859, por quien fue fundido y levantado un año después para la República de Chile. Con modificaciones posteriores al diseño original se destinó una variación para nuestro

país, que tuvo su inauguración en 1862. Debido a los homenajes que se comenzaron a realizar a principios del siglo XX, varias ciudades como la nuestra recibió un sobre moldeado de esta obra, labor realizada por el ingeniero José F. García y en la que se puede observar la representación del general en jovial semblante, de rostro sereno, pero decidido, luciendo patillas largas y un sombrero falucho, vistiendo una guerrera con faldón prendido al medio y en sus hombros las charreteras propias de su rango militar, una banda cruzando el pecho y botas granaderas con espuelas. El corcel revela la audacia de su jinete elevando en suspensión las patas delanteras que junto a la cola suelta al viento le brinda un bello dinamismo compositivo. Finalmente, resulta significativa la dirección a la que apunta su dedo índice, señalando el oeste: el glorioso paso de los Andes. Desde 1879 ya encontramos registros donde aparece el nominativo “San Martín” dado a la Plaza Principal. Es posible que la misma lleve este laureado nombre desde los años 1877-78, siendo fechas coincidentes con la época de la expatriación de los restos del padre de la patria y el correspondiente centenario de su natalicio. Hacia 1910, el intendente de turno Carlos Olayo Vieyra, transformó la plaza principal, mandando a arrancar los viejos paraísos que embellecían este espacio, remodelando su fisonomía dentro de un estilo francés italianizante. Por esta razón cambió las baldosas por mosaicos y mandó a demoler el primer monumento que tuvo esta plaza, tarea que emprendió nocturnamente, ya que la población estaba en contra de esa transformación. El Monumento ecuestre del Gral. San Martín llegó en ferrocarril, dividido en seis compartimientos que fueron trasladados a la jefatura de policía, donde se los custodió hasta su emplazamiento realizado por la empresa constructora de Ángel Balbi, la misma se encargó de revestir el pedestal del monumento anterior con mármol y ensamblar el gran monumento ecuestre, estructura cuya cola del animal era y es la única pieza maciza que cumple no solo una función estética, sino también, brinda estabilidad al monumento constituyendo una suerte de importante contrapeso.

18. Monumento a la Madre. (1959-60)



Monumento a la madre, cuyas placas conmemorativas están datadas en diciembre de 1959 y ubicadas posteriormente con la inauguración del busto

Este busto fue realizado por el escultor rosarino Antonio Palau que lo concretó en 1959 y fue emplazado al año siguiente en una emotiva ceremonia multitudinaria.

El artista Antonio Daniel Palau nació en Rosario en 1896 y falleció en la misma ciudad en 1978. Desde muy joven, se volcó a la producción artística y hacia 1916 viajó a España, donde se perfeccionó con Victorio Macho y Julio Antonio, regresando a Rosario en 1919 para montar su taller donde había funcionado el Ateneo Popular.

Llegó a mostrar sus trabajos en el Salón Nacional en 1924; Salón de Rosario en 1925; y Salón de Artistas Plásticos Rosarinos en 1941. Entre otras distinciones, obtuvo el Primer Premio en el Salón de la Asociación de Artistas Plásticos Rosarinos en 1926. Se caracterizó por dar forma a los rostros de personalidades destacadas de la historia argentina como San Martín, Alberdi, Yrigoyen, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Pellegrini y Güemes, entre otros. Uno de sus bustos del Gral. Perón fue adquirido por la secretaria de la presidencia de la Nación. Asimismo fue también reconocido por la realización del complejo Arte Funerario.

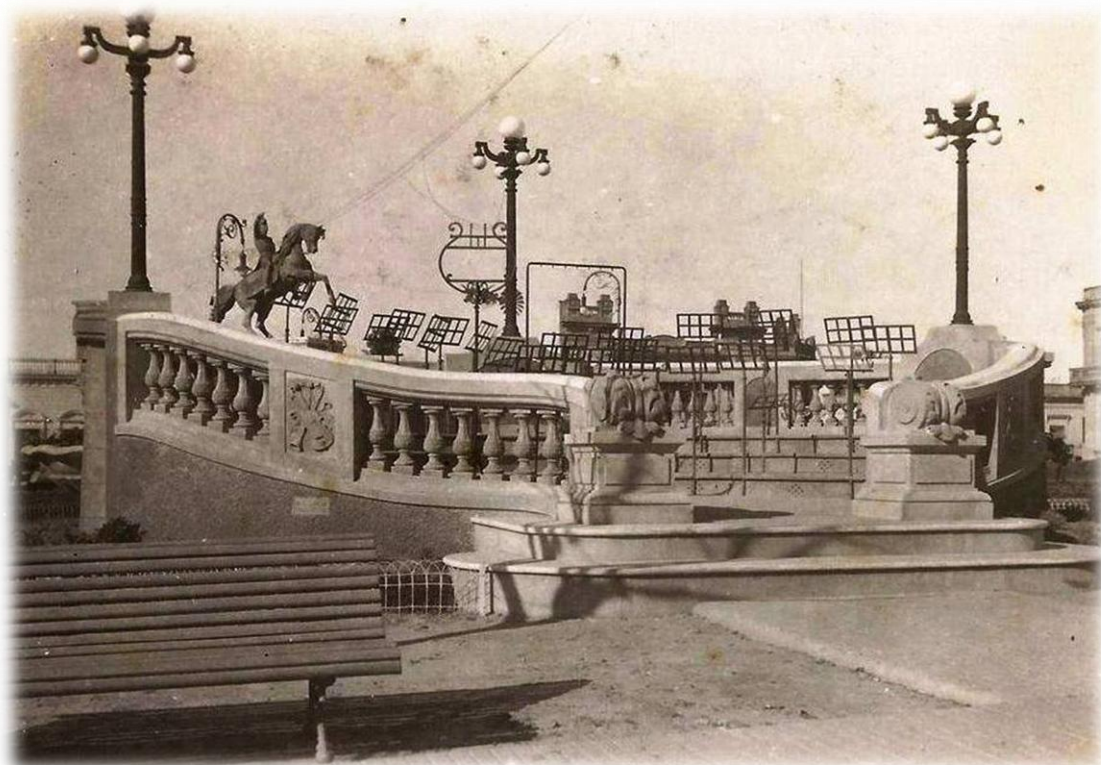
Como habíamos mencionado primeramente; ante una numerosa concurrencia, tuvo lugar en la noche del domingo 17 de enero de 1960, la inauguración del monumento a la

Madre, cuya construcción fue costeada con el aporte del pueblo de Victoria, siendo ubicado en la Plaza San Martín frente a la actual basílica.

Tras ejecutarse el Himno Nacional, la Sra. Benigna E. de Passadore descubrió la obra escultórica, la cual fue bendecida por el sacerdote Miguel Mayoraz. Seguidamente, en nombre de la Liga de Madres; entidad promotora del homenaje cuya presidenta de ese momento era la Sra. Virginia Albornoz de Robles, depositó en la base del pedestal una significativa ofrenda floral.

Por intermedio de un discurso pronunciado por la Sra. María Dolores A. de Larracochea se hizo entrega del monumento a la Comuna, siendo recibido por el secretario municipal Andrés Gómez del Collado, quien también pronunció una alocución referente al acontecimiento, finalizándose el acto con unas palabras del sacerdote Mayoraz, quien se refirió de forma reflexiva sobre la valiosa figura materna.

19. Quiosco de la Banda. (1922)



Fotografía tomada en la década del 30 donde se aprecian elementos compositivos, hoy inexistentes en el quiosco de la banda

El quiosco de la banda es un espacio arquitectónico de gran vigencia, levantado por la empresa constructora de Angel B. Balbi en 1922. En este lugar aún se desarrollan conciertos al aire libre interpretados por la banda municipal “Sebastián Ingraó” para el entretenimiento de los ciudadanos. En su arquitectura italianizante, se aprecia una estructura ovoide ondulante, ricamente ornamentada con numerosas balaustradas que rodean un conjunto de atriles, a los que se accede mediante una generosa escalinata de

mármol. Externamente, la construcción presenta ornatos musicales y dos pequeñas fuentes con formas de valvas u ostras las cuales, con el tiempo se transformaron en planteros. En el pasado, este espacio supo poseer tres luminarias de cinco globos que armonizaban con su estilo característico y un piso de madera que cubría el sótano acústico, dando mayor proyección a los instrumentos ejecutados. Una antigua crónica periodística rescató por entonces que: “el día martes 4 de marzo de 1922, tuvo lugar la inauguración del quiosco municipal, construido para la banda en la plaza San Martín”. Obra cuyo costo comprendió la suma de \$ 4.250 m/n. y que fue tristemente criticada por la sociedad de la época, argumentándose que se trataba de una estructura la cual mostraba más solidez que elegancia, teniendo aun así que irremediablemente llenar una sentida necesidad social justificada en dar cuerpo sonoro a los intérpretes. Pese al inconformismo, la crónica de la época concluía expresando: “la banda, bajo la dirección del maestro Calella parece haber mejorado desde que esparce sus armonías desde lo alto del flamante quiosco”.

20. Monumento Salvador Joaquín de Ezpeleta.



Foto donde puede apreciarse el monumento al fundador espiritual de Victoria

En este espacio de la Plaza San Martín, frente al solar que alguna vez ocupó el Oratorio de la Matanza, se construyó para el “bicentenario” de nuestra ciudad, este monumento dedicado al Fundador Espiritual de Victoria; obra del artista plástico Christian Ramírez, en cuya composición encontramos un cofre que resguarda tierra del País Vasco, lugar de nacimiento de don Salvador Joaquín de Ezpeleta. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, nuestro poblado se denominó “La Matanza” en alusión al aniquilamiento de las etnias originarias por parte de las milicias santafesinas en 1750. Con el tiempo los nuevos grupos humanos hicieron de la zona un primer asentamiento poblacional carente de organización y administración que lo llevó a mantenerse estático durante algunas décadas. Iniciado el siglo XIX llegaron a la zona del Puerto Viejo, grupos de vascos que dieron vida al paraje conocido posteriormente como barrio de las caleras. Con esta oleada inmigratoria vino un comerciante originario de Oyarzun llamado Salvador Joaquín de Ezpeleta el cual, antes de anclar aquí, había pasado por Montevideo y otras zonas, trayendo consigo su visión y experiencia productiva a este punto, donde comenzó a vislumbrar las oportunidades que brindaba el molusco fosilizado para la extracción de la cal, aprovechando los yacimientos de conchillas que alguna vez las ingresiones marinas habían depositado en nuestro territorio. Conforme se asentó en esta zona e inició sus intercambios productivos con regiones aledañas, fue percibiendo las dificultades que las distancias ocasionaban al poblado tanto a nivel mercantil como fundamentalmente espiritual, ya que tenía que recurrirse muchas veces a ciudades vecinas como Nogoyá o Paraná para obtener la intervención de la autoridad o los auxilios de la religión. A todo esto debemos contemplar los problemas que traía aparejado el hecho de no poseer un centro urbano organizado que presentara autoridades civiles o religiosas estables. Por lo que con un grupo de vecinos, sentó las bases para establecer el primer foco poblacional organizado, dando voz a los habitantes de los diferentes parajes y zonas de la campaña; levantando un Oratorio que estuvo situado próximo a donde hoy se encuentra la actual Basílica y en el que se celebró la primera misa el 13 de Mayo de 1810, fecha que se considera fundacional de nuestro pueblo y que desde entonces quedó bajo la protección simbólica de la virgen Ntra. Sra. de Aránzazu. Nace así el meritorio aporte del que es considerado nuestro Fundador Espiritual el cual, principió las tratativas necesarias para crear una suerte de comuna que inició siendo un pueblo, se transformó en Villa hacia 1826 y adquirió el nombramiento de Ciudad en 1851. Los parajes del “Cerro y Las Caleras” inmersos en lo que fue la agreste y alejada zona de la Matanza, muchas veces se desdibujan y pierden del relato histórico, por lo que nos resulta importante mencionarlos, permitiéndonos así resignificar el esfuerzo y legado tanto implícito como explícito de Ezpeleta, en que se percibe una transformación de la zona, donde se logró hacer de estos dos puntos de actividad distantes conjuntamente con el campesinado, un primer esbozo urbano organizado surgido y sostenido en el tiempo, en virtud del comercio y de profundos sentimientos espirituales.

21. Antiguo Punto Geográfico del Ejército Argentino.



Foto en la que se aprecia el principal punto geográfico, situado en Plaza Gral. San Martín

En este espacio de la plaza Gral. San Martín encontramos protegido por pedestales y gruesas cadenas, lo que en su momento fue el punto nodal de nivelación de la ciudad; principal cipo, cuyos testimonios fotográficos sugieren, ya estaba emplazado para los años 30 y en la década posterior adquirió mayor preponderancia con la Ley 12.696, norma que estableció un marco legal para la producción y control exclusivo de la cartografía oficial del país. Estos puntos geográficos fueron mojones o placas que indicaron latitud, longitud y altura sobre el nivel estandarizado del mar en el lugar donde se colocaron. Entre otras cosas se utilizaron para precisar coordenadas en licitaciones públicas o en obras particulares, permitiendo también determinar o diseñar escurrimientos hídricos.

El Instituto Geográfico Militar fue el organismo que se encargó de planificar, programar, ejecutar, controlar, fiscalizar y asesorar la actividad geográfica a nivel nacional, a fin de satisfacer los objetivos y políticas establecidas por el Poder Ejecutivo Nacional, contribuyendo a una eficaz definición y representación de la soberanía territorial Argentina, dando paso a muchas campañas de medición; no solo de puntos de nivelación sino también geodésicos.

En las ciudades, estas referencias se usaron para todo lo concerniente al aspecto civil: conocer el desnivel entre dos lugares, saber la cota, teniéndose en cuenta dentro de las obras las coordenadas del sistema nacional. Este tipo de placas también se colocaron en edificios tendientes a trascender en el tiempo, incluso muchas de estas se ubicaron en zonas rurales. Para evitar imprudentes intervenciones sobre estos mojones, en sus

fundiciones de bronce se les grabaron graves advertencias de encarcelación, penándose con hasta cuatro años de prisión para aquellos que se atrevieran a destruir este importante tipo de referencia.



Foto en la que se aprecia la placa de bronce del punto nodal de medición de la zona